

El cambio climático

El tema que traíamos para la reunión de nuestro grupo de **Cristianos de Base** del 7 de noviembre era el del cambio climático que está teniendo lugar como consecuencia del calentamiento global al que está sometido nuestro planeta. El tema se había propuesto ya con varias semanas de antelación, pero se dio una circunstancia que realzó la importancia y urgencia del problema: la dana de Valencia del día 29 de octubre, que produjo más de dos centenares de muertes y una enorme destrucción.

Nuestro estudio del asunto y el debate que suscitó en nuestra reunión se basó en un guión preparado por Faustino Vilabrille, miembro de nuestro colectivo. En dicho documento se hace hincapié en que se está alcanzando, e incluso superado en algunos puntos, los límites planetarios para la estabilidad del sistema que hace posible la vida en la Tierra. El primero en ser excedido fue el Cambio Climático con los Gases de Efecto Invernadero (GEI) y el Forzamiento Radiativo. A más GEI más efecto invernadero, más calentamiento global, y más alteración de todo el Sistema Tierra, con riesgo creciente de huracanes, tormentas devastadoras, incendios, maremotos, sequías nefastas, inundaciones costeras, emigraciones, conflictos bélicos por los bienes más básicos, violencia social...

Se considera que el deterioro ecológico tuvo su origen en el comienzo de la era industrial, y que su motor es el sistema neoliberal de mercado, basado en la ambición sin límite, de tener y tener cada vez más, lo que nos ha conducido a una explotación salvaje de la naturaleza y del ser humano, causando muchos millones de enfermos, muchos millones de sufrimientos, muchos millones de muertos, arrastrando al planeta a estar cada vez más enfermo y agotado, pues tiene una capacidad limitada. Un estudio de 50 científicos calcula que nos queda petróleo y gas natural para unos 50 años, uranio para unos 80 años y carbón para 150 años. Hay una estimación que dice que de no contar hoy con petróleo, gas y carbón perecería el 67 % de la población. Hoy el 40 % de la energía consumida en el mundo precede del petróleo, del cual depende el 95 % del transporte mundial.

Los recursos de la naturaleza no son ilimitados; no podemos consumir sin límite. Los coches de los EE.UU., por ejemplo, queman cada día 12 millones de barriles de petróleo, y con el nuevo presidente, que niega el cambio climático, serán muchos más. De hecho, ya hemos empleado el 95% del mercurio disponible, el 80% del plomo, la plata y el oro, el 70% del arsénico, el cadmio y el cinc, y el 60% del estaño, el selenio y el litio. Cada año consumimos tantos combustibles fósiles como la naturaleza tardó en generar un millón de años. Un norteamericano medio consume tres veces más energía que un europeo, y este tres veces más que un africano. Antes de la era industrial el consumo de energía era de unas 11.000 kilocalorías diarias por persona: hoy un norteamericano medio consume 210.000.

La necesidad de alimentarse se ha convertido en uno de los grandes negocios de compañías multinacionales, pues generar productos agrícolas y ganaderos ocupa el 37 %

de la superficie terrestre, consume el 70 % del agua dulce y produce el 25 % de GEI, para que 1050 millones de Tn. de comida acaben cada año en la basura, con un valor de 368.000 millones de euros, y una generación de 3.300 millones de Tn de GEI. Cada persona, para alimentarnos, generamos 2 Tn. de CO2 al año.

El debate que este informe suscitó en nuestro colectivo puso de manifiesto la situación contradictoria en la que nos hallamos. Por una parte, si queremos mantener una vida sana, tenemos que mantener una naturaleza sana, de lo contrario, con una naturaleza herida y enferma, enfermaremos cada vez más. Es cierto que cuidar la naturaleza es cuidarnos a nosotros mismos; todo ser humano y toda criatura tiene derecho a un medioambiente limpio y saludable. Según esa lógica, para una buena calidad de vida tenemos que optar por lo necesario con rechazo de lo superfluo, y por otra economía, neutra en carbono, que funcione dentro de los límites planetarios.

Pero, por otra parte, los cambios que se postulan vienen a cuestionar lo que ya forma parte de nuestro modo de vida. Algunas de las intervenciones en nuestro debate remarcaron lo difícil que es poner en marcha un sistema de producción y consumo diferentes de los que tenemos. Por eso, la cuestión es: ¿Qué hacer?, y sobre todo, ¿Cómo hacerlo? El Estado existe para organizar y emprender aquellas tareas que los ciudadanos no podemos realizar individualmente. La necesidad del Estado y su intervención se están poniendo de manifiesto estos días en la problemática generada por la dana de Valencia. Estamos ante problemas que o se resuelven globalmente o no tienen solución.



Los cambios que se postulan, como necesarios para el mantenimiento del medio ambiente, vienen a cuestionar lo que ya forma parte de nuestro modo de vida. Resulta imposible poner en marcha un sistema de producción y consumo distintos de los que tenemos si no es con intervención y bajo control estatal.

Vr vida religiosa

comulgamos lo que hemos de ser



No es tiempo de ritos acostumbrados sino de evangelio por estrenar. No es tiempo de presumir de lo que sabemos, de lo que somos, sino de aprender lo que hemos de ser.

Delante de nosotros va Jesús.

Pensábamos que con él íbamos a ocupar posiciones de poder en el mundo nuevo que estaba comenzando, y todo se nos vuelve extraño cuando le oímos decir: “El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán”. Tan extraño era aquello, que se nos quedaron también sin sentido las otras palabras que añadió Jesús: “después de muerto, a los tres días resucitará”.

Y mientras él habla de lo suyo, de su muerte, nosotros hablamos de lo nuestro, de quién entre nosotros es el más importante.

No habíamos caído en la cuenta de que una Iglesia de “importantes”, una Iglesia de “primeros”, es un imposible: entre “importantes” es imposible la comunidad; entre “primeros” es imposible la comunión...

Pero hay un camino para ser importantes y primeros, y ser al mismo tiempo la Iglesia de Cristo, el cuerpo de Cristo, una comunidad en comunión, en la que todos somos uno: “Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”.

Nos lo dice el que va delante de nosotros, aquel que, “con ser de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios”; nos lo dice el que “se despojó de su rango, tomando la condición de esclavo, pasando por uno de tantos”; nos lo dice aquel que “se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz”.

La Iglesia es una comunión de últimos: de discípulos del último, de aprendices de Jesús, de siervos de todos... No hacemos comunión con el poder que oprime sino con el amor que sirve.

Pero el apóstol Santiago nos recuerda hoy que podemos traicionar esa comunión con Cristo Jesús: “envidias y rivalidades” son la evidencia de nuestra obsesión por ser “el más importante”; “envidias y rivalidades” son el seno donde se gestan “guerras y contiendas”. La comunidad a la que el apóstol se dirige, formada por creyentes a los que él llama “hermanos míos”, es una comunidad herida, de la que se dice: “codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada”.

Si no queremos ser una “no comunidad”, habremos de mantenernos siempre en la escuela de Jesús, en el camino de la cruz, en la búsqueda obstinada del último lugar, en el servicio humilde a todos los de casa.

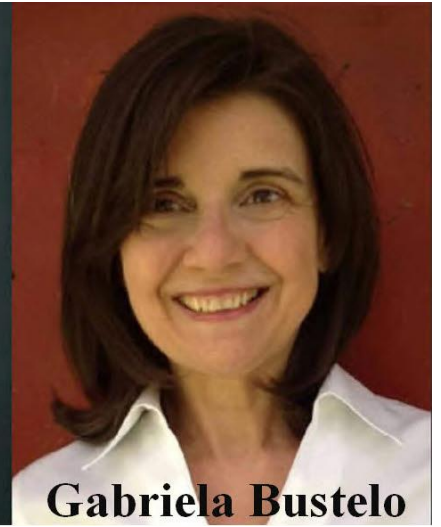
Si no queremos ser una “no comunidad”, hemos de hacernos Iglesia, presencia real de Cristo Jesús en los caminos de los pobres, al lado de los enfermos, cerca de los necesitados de compasión y de ternura, cuerpo de Cristo Jesús sobre la mesa de la humanidad, a los pies de todos para lavárselos...

“Dios nos llamó por medio del Evangelio” para que sea nuestra la cruz de Cristo Jesús, la entrega de Cristo Jesús, el amor de Cristo Jesús hasta el extremo, la pasión de Cristo Jesús por el reino de Dios, “para que sea nuestra la gloria de nuestro Señor Jesucristo”.

Comulgamos lo que hemos de ser: últimos, siervos, Jesús...



Tercera Guerra Mundial: ¿es inevitable?



Gabriela Bustelo

En un mundo polarizado y crecientemente tenso en los últimos años, la pesadilla de una Tercera Guerra Mundial vuelve a ocupar un lugar destacado entre las preocupaciones de la población. No en vano es uno de los asuntos más tecleados en el buscador de Google.

La Caída del Muro de Berlín en 1989 puso fin a la Guerra Fría, produciendo una oleada de alivio mundial al darse por terminada la amenaza nuclear. Pero esta noción de un mundo unificado, ya no dividido en dos bloques, apenas duró tres décadas. La relativa tranquilidad ante la conclusión de la Guerra Fría al final de la década de 1980 se ha evaporado, sustituida por una inquietud considerable en torno a la invasión rusa de Ucrania y el enfrentamiento Israel-Palestina en Gaza.

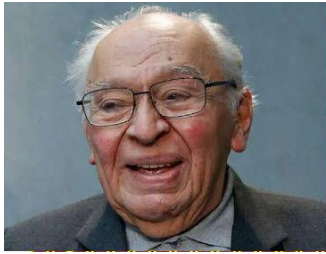
En Europa abundan los expertos en Defensa que alertan sobre un ominoso futuro inminente, con guerras que involucrarán a China, Rusia, Corea del Norte e Irán en los próximos cinco años. Según esta teoría, estaríamos pasando de un mundo de posguerra a un mundo de preguerra.

Dada la magnitud de la violencia en varias zonas de conflicto –sobre todo Ucrania y Oriente Próximo– podría argumentarse que ya se está desarrollando una Tercera Guerra Mundial, a falta de una chispa que haga involucrarse a las potencias occidentales.

¿Todo esto implica que una escalada hacia una gran batalla global es inevitable? No, porque los conflictos que se desarrollan en varios puntos calientes (Ucrania, Oriente Próximo, Asia Pacífico) son disputas locales, puntuales y no interconectadas. Pero sí es más probable ahora que en cualquier otro momento desde el final de la última guerra mundial.

El Viejo Continente vive con angustia diaria la cruel ofensiva de la Rusia de Vladimir Putin contra Ucrania desde hace dos años y dos meses. Y lo mismo sucede desde el 7 de octubre de 2023 con la guerra entre Israel de Benjamín Netanyahu y los milicianos palestinos de las organizaciones terroristas de Hamás y la Yihad Islámica. El final de ambos conflictos parece lejano, como estamos comprobando con la escalada bélica entre Israel, Irán y Líbano. Ante este escenario de confrontación planetaria, la Unión Europea plantea su salvaguarda como un esfuerzo compartido entre los actuales países miembros. No en vano Ursula von der Leyen ya habla de Europa como un proyecto de seguridad, objetivo al que va a dedicar su segundo mandato al frente de la Comisión Europea.

En nuestros tiempos el mundo ya no está enfrentado en dos bandos opuestos como en tiempos del Muro de Berlín, sino en múltiples facciones hostiles con sus correspondientes ideologías identitarias, nacionalistas, étnicas y religiosas. Lejos de disminuir, el número de muros ha aumentado en la Tierra. En cuanto a nuestro futuro, conforme se multiplican las teorías, la incertidumbre aumenta. La Tercera Guerra Mundial ya no es un vaticinio que sólo hacen los agoreros en las tertulias de madrugadas, sino una posibilidad cada vez más verosímil.



GUSTAVO GUTIÉRREZ, TEÓLOGO

Uno de los hombres decisivos

“La pobreza no es una fatalidad, es una injusticia... La opción preferencial por los pobres es una opción preferencial de Dios... La verdadera solidaridad significa luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales... No es posible ser cristiano sin una opción preferencial por los pobres... La espiritualidad de la liberación es una espiritualidad encarnada en la historia de los pueblos oprimidos... La Teología de la Liberación es una reflexión crítica sobre la praxis histórica a la luz de la Palabra”.

Quien así ha pensado y escrito, en diferentes ocasiones y escritos, es el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, nacido en Lima en 1928, y considerado padre y fundador de la Teología de la Liberación. Una forma de pensar o sistema teológico que, partiendo de la reflexión sobre la praxis de las comunidades cristianas, se orienta hacia la liberación total de la realidad, como aparece en su libro más emblemático, *Teología de la Liberación: Perspectivas*, aparecido en 1971.

Gustavo Gutiérrez acaba de morir. Desde **Redes Cristianas** queremos expresarle hoy nuestro reconocimiento y afecto personal. Y, aunque nos deja muy tristes su partida, nos sentimos muy orgullosos por el profundo legado evangélico que nos ha dejado con su reflexión y su testimonio.

Por contextualizar un poco más esta figura —que, siguiendo la apreciación del filósofo Karl Jasper, ha sido “uno de los hombres decisivos de la humanidad”—, destacamos algunas de sus líneas de pensamiento o de fuerza que sintetizan tanto la dimensión social de la fe cristiana, como el impulso que han tenido en el origen y espiritualidad militante de las Comunidades Eclesiales de Base (entre nosotros, Comunidades Cristinas Populares):

* La contextualización o historización de la fe a la luz de la historia de los pueblos pobres y oprimidos, como contrapunto al marcado acento de su racionalización ahistórica y esencialista. * La implantación de la justicia como visibilidad social del Reino de Dios, * La opción preferencial por los pobres y excluidos.* La liberación integral que, más allá del pecado, abarca la liberación de la pobreza económica y política y de las estructuras que esclavizan a las personas y los pueblos. * La teología no puede reducirse a una reflexión filosófica sobre la fe, sino que debe partir de la praxis para liberar la realidad esclavizada.

Evaristo Villar

Redes Cristianas

Una Iglesia sinodal tiene que ser una iglesia de iguales

Comunicado de Redes Cristianas sobre el Sínodo de la Sinodalidad

Los distintos Sínodos convocados por el Papa Francisco (familia, juventud, Amazonía, Sinodalidad) han generado grandes expectativas en los sectores de la Iglesia Católica que pensamos que son urgentes las reformas profundas, tanto en la estructura como en aspectos doctrinales. El riesgo, ya acabando el año 2024, es que la Iglesia no conecte con la mentalidad y problemática de las mujeres y los hombres del siglo XXI y con los avances de la Ciencia que nos permiten entender mejor muchos aspectos que afectan directamente a la vida de tantas personas.

Valoramos pues que el Papa haya tomado estas iniciativas que han permitido la expresión libre de los católicos y católicas a través de las consultas realizadas y que en el mismo Vaticano se haya podido hablar públicamente de temas que en otros tiempos no hubiera sido posible.

Sin embargo, las conclusiones de estos sínodos, incluso en este último, sancionadas por el Papa y asumidas directamente para poner énfasis en la estructura sinodal, han dejado mucha desilusión y pocas esperanzas en que la Iglesia aborde o al menos abra la puerta a cambios significativos que son, a nuestro juicio, muy necesarios y urgentes. De hecho, ya vamos muy tarde.

La participación de laicos en el reciente Sínodo, minoritaria pero existente, y de mujeres, laicas y religiosas, igualmente minoritaria, es sin duda algo positivo pero siempre teniendo en cuenta, no solamente la desproporción numérica en comparación con los clérigos, sino también que, a falta de una estructura democrática en la Iglesia, los participantes en el Sínodo fueron propuestos por las conferencias episcopales o a instancias de la jerarquía.

Otro motivo de desilusión ha sido la decisión del Papa Francisco de sustraer al debate y votación de la última etapa del Sínodo aquellos temas que requerían un análisis previo de expertos. Se han creado comisiones, de nuevo, sin conocerse claramente con qué criterios, que tienen de plazo hasta junio de 2025 para presentar sus conclusiones. ¿Qué ocurrirá después de esa presentación? En esas comisiones se están debatiendo temas que, a nuestro

juicio, son claves para el avance y la reforma necesaria, el acceso de las mujeres al diaconado entre otros.

Si leemos el punto 60 del documento final del Sínodo, podemos valorar positivamente que se reconozca la contribución esencial de las mujeres en la Iglesia a través de la Historia, para afirmar después que hace falta discernimiento, pero vemos con tristeza cómo, de nuevo, se pide a las mujeres algo que no se pide a los hombres: atestiguar que su papel en la Iglesia es importante. A Redes Cristianas le parece una exigencia irrenunciable, para que la Iglesia sea verdaderamente sinodal, la igualdad a todos los niveles de todos sus miembros y eso incluye a las mujeres y a las personas homosexuales, de las que apenas se dice nada en el documento final, ni siquiera una mención explícita, así como a otros sectores de Iglesia discriminados. Se pide la acogida, pero a la vez se mantienen barreras que habría que derribar.

Queremos pensar que el mensaje del documento final que llama a ser sinodales en las iglesias locales, se va a traducir de una manera efectiva en que se hagan realidad las afirmaciones de los apartados que hablan de la estrecha relación entre lo consultivo y deliberativo, de la rendición de cuentas por parte de la jerarquía y de la “saludable descentralización” (134).

Ante la constatación de la diversidad en la Iglesia, es necesario y urgente armonizar esa diversidad para que la llamada a la unidad no frene las legítimas y fundadas propuestas de amplios sectores del Pueblo de Dios (*sensus fidelium*).

También, para terminar este comunicado, queremos reivindicar la figura, fundacional y profundamente sinodal, de las comunidades de base en **Redes Cristianas**, y plasmar el último punto de nuestra Carta de Identidad.

Contribuir desde todas nuestras posibilidades a la transformación radical de la Iglesia y de su presencia en el mundo. Desde el estilo que rezuma el Evangelio, creemos que nuestra Iglesia necesita una transformación profunda en todas sus dimensiones: bíblicas y teológicas, éticas y morales, pastorales y litúrgicas, místicas y organizativas. Siguiendo las huellas de muchas personas y movimientos cristianos que en el pasado han dado testimonio de una Iglesia encarnada y servidora del mundo, necesitamos recobrarla hoy como ámbito de vida y libertad, de denuncia y de propuesta, de búsqueda y creatividad, de amistad y alegría. Entre todas y todos vamos intentar sorprender al mundo con la Buena Noticia de que la Iglesia ya se está poniendo en actitud de ser “la sal de la tierra y la luz del mundo”, que quiere el Evangelio.



Una historia que se acaba

Pagès Ferret, escritores

Publicado en 30 octubre 2024

Acabado el Sínodo de la llamada Iglesia católica con el fracaso temido, a causa de la mala voluntad de los dirigentes participantes, procede hacer un balance sintético de lo que ha sido la experiencia secular de la institución.

Creemos que este balance sintético tiene que comprender, tan brevemente como sea posible, los apartados siguientes.

1) Comienzos y objetivos. 2) Fracaso inicial. 3) Sucesivos fracasos. 4) Actuaciones buenas y las malas. 5) Culpables. 6) Resultados. 7) Salidas.

1) En los siglos VIII-VII a. C., algunos profetas (Amós, Isaías, Miqueas y Jeremías), de parte de Yahvé, plantearon, de manera muy clara y contundente, un gran objetivo: el Derecho y la Justicia. Con el fin de asegurar una sociedad “humana”. Siglos después, Jesucristo y sus inmediatos seguidores expusieron unos principios complementarios de ayuda a personas necesitadas y de aceptación de todas las personas, principios llamados evangélicos.

2) Pasada la generación de los apóstoles, la siguiente alteró el espíritu evangélico (así como los anteriores principios proféticos) reduciendo la experiencia “cristiana” al hecho de bautizarse. El instrumento más eficaz para conseguirlo fue el mal libro “Hechos de los apóstoles”, que, en el pasaje (cap 2, ver 37-38), desvirtuó del todo la doctrina de Jesús. O sea, se pasó de “hacer el bien” a una ceremonia burocrática.

3) A este fracaso inicial se añadieron las complicaciones propias de las relaciones con la estructura política, empezando por los emperadores romanos (sobre todo Teodosio, que impuso la nueva doctrina como oficial). A los emperadores siguieron señores feudales, reyes y una interminable serie de aprovechados, entre los cuales los mismos burócratas de la Iglesia: obispos, cardenales, papas.

4) Pero en los escalafones bajos de la Institución no faltaron mucha buena gente que se dedicaron a hacer el bien: monjes y “hermanas”, que en hospitales, algunos monasterios, iban recogiendo a pobres, enfermos, heridos y gente necesitada.

Otra aportación muy importante de los monjes cristianos fue durante mucho tiempo la copia, palabra a palabra, de libros de los sabios griegos, libros ya deteriorados, que así se conservaron hasta empalmar con la cultura del Renacimiento.

Pero junto a actuaciones buenas no faltaron de muy malas: grupos dedicados por vocación a luchar para luchar, incluso con una “vocación militar cristiana”. Los tuvieron que enviar a Palestina, entonces ocupada por los musulmanes, a “intentar” construir un “estado cristiano” (las llamadas cruzadas). I... la actuación más infecta fue la imposición forzada de algunas creencias religiosas, hasta la quema de “herejes”.

5) Los principales culpables del fracaso histórico de la Iglesia han sido, sin paliativos, casi todos los dirigentes, sobre todo de obispos hacia arriba. Han continuado enseñando creencias antiguas, sin darse cuenta de que habían periclitado, y han continuado poniendo los aspectos teóricos por encima de los prácticos (la justicia y hacer el bien).

6) Los resultados han sido: pérdida de la clase obrera, pérdida de la juventud y pérdida de muchas mujeres y de todo tipos de personas. En Europa, sin querer definir todo el mundo, a la vieja Iglesia le resta, creemos, una generación de vida, sin relevo.

7) Si se piensa y se está dispuesto a hacer las cosas bien, tenemos esta salida: romper la estructura endu-recida (jubilar o bien dejar de escuchar a todos los obispos) y formar pequeñas comunidades de buenas personas con criterios independientes. Es muy importante que las nuevas comunidades cristianas tengan una firme relación con las ONGs, y que tengan buena relación con los sindicatos de trabajadores. Un buen consejo sería dejar de celebrar todas las fiestas del año entre semana, excepto Navidad y Pascua.



Religión Digital

“¿Gestionar el declive o reinventarse?": el teólogo austríaco que pide un “punto de inflexión” eclesial



Paul Zulehner

La Iglesia debe reinventarse activamente y no limitarse a “gestionar el declive”. Es el veredicto del teólogo austríaco Paul Zulehner, quien, en este momento de la historia, ve a la Iglesia católica en medio de un “punto de inflexión” de una Iglesia para sacerdotes a una iglesia para vocaciones bautismales.

Se refiere el teólogo austríaco (Viena, 84 años) a una encuesta realizada en el primer trimestre de 2024 e iniciada por la Iniciativa de Pastores de Austria, que es el punto de partida de su nuevo libro, que se publicará próximamente, “Tiempo de cambio. Tareas y oportunidades de las reformas estructurales de la Iglesia”.

Según información de Kathpress, recogida por Katholisch, “Zulehner presentó los primeros resultados del estudio en conferencias en Viena y Salzburgo. Según el teólogo, en la ‘iglesia sacerdotal’ se piensa en la parroquia en términos del sacerdote, en la ‘iglesia con vocación bautismal’, en términos del pueblo de Dios. Quienes representan a los primeros resultan ser mucho más resistentes a las reformas estructurales”.

Pero Zulehner, según las mismas fuentes, pide más honestidad en la Iglesia: “Es mejor admitir que el motivo principal de las reformas estructurales es la falta de dinero que ocultar la escasez de recursos y dar razones religiosas”.

Si esto no fuese así, aseveró teólogo y sociólogo religioso vienés, “entonces podremos luchar más honestamente sobre quién decide y qué prioridades influyen en las decisiones”.

Por ello, Zulehner señaló que la Iglesia no debería “gestionar la caída” sino “gestionar la transición” y afirmó que “muchos miembros de la Iglesia piden un compromiso ‘político’ decisivo con la paz, la justicia y la preservación de la creación y se oponen a la ‘trágica preocupación de la Iglesia por sí misma’”.



El 17 de octubre, no muy lejos de donde se celebraba en el Vaticano la segunda fase del Sínodo de la Sinodalidad, donde no se quería abordar el tema de la ordenación sacerdotal femenina, tenía lugar una ordenación clandestina de sacerdotisas y diaconisas. La ceremonia siguió la misma liturgia que una misa oficial, sin embargo, ésta puede salirles muy cara a sus organizadores, pues, según el Código de Derecho Canónico, las seis “ordenadas” -tres sacerdotisas y tres diaconisas, dos de ellas transgénero- tendrían que ser excomulgadas, así como todos los demás asistentes a la celebración.

Vaya por delante que no repruebo el hecho de que las protagonistas de ese evento hayan recurrido a una acción de hechos consumados. Si esperan que un proceso eclesial como un sínodo o un concilio, realizado con la normativa que prescribe el Código de Derecho Canónico, acceda a la reforma que postulan, pueden esperar sentadas durante otros dos mil años. Cuando en 1789 se reunieron en Versalles los Estados Generales, si el Tercer Estado hubiese respetado la normativa de esas asambleas y hubiese obedecido la orden de Luis XVI de disolver el acto, no hubiese tenido lugar la elaboración de una constitución, y Francia seguiría aún en el feudalismo. Su política de hechos consumados tuvo éxito porque el pueblo estaba maduro para el cambio, como lo demostró unos días después con la toma de la Bastilla. Es de temer que el pueblo cristiano no está hoy tan maduro para un cambio que supere el clericalismo que impera en la institución eclesial.

En todo caso, el gesto de desafío realizado por esa gente me parece encomiable, por eso digo: **así, sí**. Mas he de añadir: **PERO ESO, NO**. Vale que menosprecien el Código de Derecho Canónico, pero con el mismo acto, las ordenadas del 17 de octubre estaban sobrevalorando el concepto de “sacerdocio”, estaban reforzando el clericalismo. Se ve que codician ese rango hasta ahora reservado a los varones, quieren formar parte del estamento clerical con la función de dominio que comporta, ambicionan el rol que la clerecía se auto-asignó de mediar entre Dios y la humanidad. Ahí las vemos con ese ropaje tan pintoresco con el que se quiere simbolizar la pertenencia a la casta sacerdotal, la facultad de mediación entre Dios y los hombres. Ni Dios ni los hombres necesitamos ese tipo de mediadores o mediadoras. La reforma que la Iglesia necesita es la total supresión del nefasto estamento clerical que está conduciendo el rebaño por cauces que no conducen a la construcción del Reino de Dios, que es la función que Jesús asigna a sus seguidores. El proyecto de Jesús busca la superación de la sociedad clasista con las desigualdades que generara. El instrumento para lograr eso no es una Iglesia con una estructura clasista y desigualdad entre sus miembros.